

PREGÓN XXV CONCURSO DE VERDIALES MODALIDAD MONTES EN BENALGABÓN CASTILLO DE BEZMILIANA 7 DE SEPTIEMBRE DE 2018

Queridos amigos de la peña “El Revezo”, querido Pepe Molina: al honor de pronunciar este pregón debo añadir el de compartirlo con el cartel del extraordinario pintor y grabador malagueño **Paco Aguilar**, fundador del Taller de GRAVURA, sin el cual no puede entenderse el panorama artístico malagueño de los últimos años. Paco ha hecho un cartel muy bello, insobornablemente fiel a su estilo inquietante, misterioso, evocador de los ritos ancestrales con los que se conjuran los miedos del ser humano a las fuerzas de la Naturaleza, tanto más turbadoras cuanto más pequeñas: larvas, gorgojos o ese insecto-palo rampante que se mimetiza con las ramas del árbol. En una simbiosis de fauna, flora y artificio humano, Paco ha compuesto un sombrero de verdiales en el que, con elementos que evocan a Archimboldo en lo botánico y al Bosco, en sus duendecillos medievales sutilmente entreverados con los abalorios, refleja admirablemente el fondo de alegría, dureza, misterio y raigambre telúrica que subyace en estas fiestas saturnales. Puedo asegurar que el cartel me ha acompañado en el proceso de ahondamiento, estudio y comprensión de la Fiesta que ha precedido a este modesto pregón que voy a tener la osadía de pronunciarles esta noche entre los muros de esta noble fortificación de Carlos III.

Todo empezó con una guitarra. Hace ahora aproximadamente sesenta años en mi colegio de Madrid decidieron hacer una rondalla, a la que me apunté enseguida. Necesitaba una guitarra o una bandurria, y como mis padres no estaban dispuestos a gastarse un duro en financiar mi capricho de pulso y púa, que creían pasajero, mi abuela salió al quite recordando que en el desván de su casa de Málaga había una guitarra abandonada que se podía reparar, porque siempre saldría más barato el apaño que comprar una guitarra nueva. Se la llevaron a Domínguez, del muro de San Julián, que realizó con ella un trabajo de orfebre. La guitarra era pequeña y coqueta, de esas de aro estrecho que llamaban “de señorita”, que se avenía bien con mi complexión infantil. No le di importancia al hecho de que sonara maravillosamente, ni a que su aro y tapa fueran de palo rosa de la India y su mástil de ébano y de cedro del Perú, como supe después; ni tampoco le di importancia al hecho de que dentro de la caja sonora llevara una etiqueta del constructor, Eladio Molina, una fecha-1874- y una reseña: Premio en la Exposición Internacional de Marsella. El que sí le dio importancia fue el director de la rondalla, que recriminó

severamente a mis padres el haber dejado una joya de coleccionista en manos de un salvaje de once años. Pero el bien ya estaba hecho: ahí arrancó una pasión por la música que he transmitido a mis hijos, y aunque mis padres no tuvieron más remedio que comprarme una guitarra nueva y barata, desde entonces la guitarra de Eladio Molina fue una reliquia entronizada en un lugar de mi casa como el brazo incorrupto de Santa Teresa.

Al verano siguiente, ya en Málaga y vista mi afición, mis padres contrataron un profesor de guitarra flamenca, un gitano aceituno, grave y espigado, que se llamaba **Antonio Escalona**. Con una paciencia de lagarto Escalona trató de enseñarme los rudimentos de los palos teóricamente más sencillos, desde los fandangos a la soleá, pasando por los tangos, tientos y alegrías de Cádiz, dejando para mejor ocasión las bulerías y la seguriya. Entremedio me enseñó aquella variedad del fandango, más rítmica y rasgueada que los de Huelva pero con las mismas “posturas” que se llamaba “verdiales”, y era típico de Málaga. Aún recuerdo la copla que servía de hilo para el toque:

Que la nieve en el barranco/ eres más bonita niña/ que la nieve en el barranco/ que el clavel en la maceta/ que la azucena en el campo/ eres más bonita niña...

Cierto tiempo después tuve ocasión de asistir **a la primera lucha de fiesta un 28 de diciembre en la Venta del Túnel, allá por 1963**. Acompañaba a mi inolvidable amigo el cineasta Mamerto López Tapia que estaba haciendo un reportaje sobre los verdiales. Allí estaba también otro gran amigo, Alfonso Queipo, ya entregado en cuerpo y alma a la conservación y difusión de la fiesta, menester en el que continúa indismayable. El primer encuentro con el vino de los Montes fue una terrible borrachera de adolescente inexperto pero, una vez pasada la resaca pude recapacitar sobre la enorme impresión que me produjo aquel ceremonial de pandas, de bailes, de un cante y un toque que venían a ser como el hueso, el mosto de aquellos verdiales “abandolaos” y armoniosos que me enseñaba Escalona. Eso de Escalona era bellísimo y melódico; lo de la Venta del Túnel también lo era, pero su belleza estaba en algo que, sin dejar de ser música, estaba más allá de la música: era un aroma a origen, a principio, a simiente. Lo explica muy bien Romeo Esteo, citado por Pedro Aparicio en su espléndido pregón de la III edición del concurso: *“La cadencia del fandango malagueño es insólita e insolente, y si vocalizándola en plan cante jondo y de lucimiento del cantaor resulta brillante y orientalizada, en*

cambio resulta salvaje y oscuramente ibérica al cantarla al ritmo rápido de los verdiales”.

Y es que si lo de Escalona era flamenco, **lo de la Venta del Túnel era túnel del tiempo, de un tiempo “salvaje y oscuramente ibérico”** que no habíamos vivido pero que llevábamos dentro. Era música, pero también era un latido, el del corazón de un cuerpo colectivo que no sabemos cuándo nació, pero sí sabemos por Mircea Eliade y su “Mito del eterno retorno”, que fue *“in illo tempore”*, ese tiempo primordial en el que se fundan los mitos y que persisten actualizados periódicamente por los ritos. La fiesta de verdiales de la Venta del Túnel era un rito saturnal por el que algo profundo del alma mediterránea se reproducía inmutable dentro de la variedad personal de cada fiestero. Pero si ya por los poros los verdiales penetran en nuestro interior hasta ese punto en el que nos vemos o nos pensamos como parte de un lugar, de una tierra y de un cosmos, el conocimiento erudito de sus rituales nos sitúan ante el asombro de una verdadera epifanía. Nos llevaría muy lejos, en un viaje apasionante, relacionar los instrumentos de la panda de verdiales con los crótalos, el pandero, la caracola y los tocados de cabeza adornados con flores y guirnaldas de los personajes de la *“Scena comica con suonatori ambulanti”* del mosaico de la Villa Cicerón, en Pompeya; o los platillos, el shofar, la vina, la cítara, los crótalos y el pandero del actual folklore griego, o eso mismo más la lira de tres cuerdas del folklore cretense, el chipriota, o las similitudes entre el sombrero de Los Montes, con su explosión cromática de cintas y abalorios, y los decorativos *carretos* sicilianos, o los sombreros de los aguadores de Marrakesh, los tocados nupciales del folklore israelí, incluso su presencia en algunas zonas del folklore sudamericano, como rito de un mito solar universal...nos llevaría muy lejos, sí, pero no más lejos que donde nos lleva José Manuel Molina con su impagable libro **“La fiesta de los verdiales”**(una aproximación a sus orígenes), al que aprovecho para reiterarle mi agradecimiento sincero por invitarme a pronunciar el pregón del vigésimoquinto Concurso Tradicional de Verdiales modalidad Montes, en este santuario fiestero que ya es Benagalbón. Soy plenamente consciente de no reunir los méritos para pronunciar este pregón, sobre todo al ver la nómina de quienes me han precedido, pero me he atrevido a hacerlo por no resistir la comezón del orgullo. Porque ante los verdiales y como malagueño, uno siente orgullo, el orgullo de la pertenencia a una cultura, la mediterránea, que nos acompaña y nos impide sentirnos solos ante el vertiginoso vacío de la existencia. Los verdiales están transmitiendo esa cultura de padres a hijos con una pureza todavía incontaminada, a pesar de que esta globalizada

vida moderna ciñe sobre los valores del pasado **la amenaza de la burocratización, que es lacra peor aún que el olvido**. Y no se transmite por escuelas, ni por libros, ni por partituras, sino por esos misteriosos hilos conductores de los arquetipos en una secuencia que en modo alguno podemos llamar azar. Jorge Luis Borges decía que “lo que llamamos azar es nuestra ignorancia de la compleja maquinaria de la **causalidad**”. No es **casualidad**, sino **causalidad que aquel 28 de diciembre del año 1963 en la Venta del Túnel** yo estuviera embobado contemplando las evoluciones del abanderado **Manuel Morales**, y que **el pasado 13 de Agosto, en la Feria de Málaga**, yo estuviera igualmente embobado viendo bailar la bandera con singular arte y gracejo a **su bisnieta Paula**- una moza menuda y adorable- despejando la calle Larios al frente de la panda de Santo Pítar. Lo curioso es que, como me apunta Alfonso Queipo, Paula hacía cosas de su bisabuelo que ella jamás pudo ver, según una coreografía que ni está escrita, ni dibujada, ni se imparte en escuelas de danza. ¿Cómo llamar entonces a esto “**casualidad**” si se trataba de un eslabón de la más fuerte cadena de **causalidades** que es el ADN?

Y es que los verdiales nacen en ese tiempo mítico en el que todos los avatares de la vida se transformaban en canto, como describía maravillosamente el premio Nobel John Steinbeck en “La Perla”: el canto del amanecer, el canto del crepúsculo, el canto del fuego y el del hogar, el canto de la familia...El canto era lo que daba carta de naturaleza, contenido esencial a las cosas. Según esto los verdiales, que es el canto de Los Montes, es también el canto de la Tierra. **No se puede comprender los verdiales sin conocer la tierra de la que brota, como no se puede conocer esa tierra sin conocer a los habitantes que la habitan**. Los verdiales nacen envueltos en el misterio de los Montes de Málaga; el misterio de un ritual milenario y el misterio de su transmisión de padres a hijos hasta la actualidad, a pesar de haber desaparecido el contexto cultural del que brotaron. Un contexto cultural estrechamente vinculado a un paisaje que sobrecoge por su belleza serena, más envolvente que imponente, como puede disfrutarse desde los múltiples miradores de la antigua carretera de Casabermeja y los puertos de la carretera de los Montes. No estamos aquí ante las grandiosidades alpinas ni las cumbres penibéticas que embargan el espíritu y nos hacen sentirnos pequeños y ajenos. No hay aquí altas montañas, ni vastas llanuras, ni ríos caudalosos henchidos de vida, ni más nieve que la que a lo lejos lame la cima del pico de La Maroma, en Sierra Tejeda. Aquí hay un paisaje fragoso y tostado como la piel arrugada de un viejo campesino. Es un paisaje tensionado entre las bondades del clima y la hosquedad de su tierra descarnada, que le niega al agua su cobijo

derivándola hacia la ciudad, bravía, torrencial y amenazante. Paisaje de claroscuros para deleite de artistas y desaliento de agricultores. Paisaje tornadizo, como la piel de sus camaleones, color de zorzal en las laderas, que vira hacia el tono jabalí en sus quebradas y todo él se hace vaporoso en la floración de sus almendros. Paisaje de un territorio viejo, abrupto y fruncido, de laderas risueñas, barrancos umbríos y caminos que más diríanse hechos para aislar que comunicar, en donde la capital se acuna y se siente protegida de lo desapacible, ya sean vientos o invasiones. Ese territorio que una vez fue próspero, en el que la riqueza brotaba del oro líquido de los lagares, el renombrado vino de Málaga obtenido de la uva Pedro Ximénez, que admiró a la emperatriz Catalina la Grande y del que dieron cuenta novelistas como Stendhal, Dostoievski o Emilio Salgari. Los excedentes de la producción de vino permitieron la aparición de una floreciente burguesía comercial e industrial, de ahí que no pueda entenderse la historia de la Málaga moderna sin los flujos vitales que le proporcionaron sus Montes: el vino primero y la sangre después, cuando la plaga de la filoxera provocó en la comarca una lenta y dolorosa sangría de recursos y de hombres a lo largo de un siglo hasta el actual paisaje de caserones abandonados donde antes había un chisporroteante enjambre de ventas y lagares. Como la presencia espectral de los barcos varados en el seco mar de Aral así emergen con empaque de monumento, entre encinas tercas, insaciables eucaliptos y emparrados desnudos las ruinas del lagar de Almendrales, de Barrigas, de Calvo, de Cea, de Cencerrilla, de Cerrado Victoria, de Chinchilla, de don Timoteo, del Leoncillo, de Jotrón, de Guijarro, de la Solisa, de las Parras, Las Quirosas, Los Caserones, Los Cuenca, los Llanes, los Muñoz, el Molino de Abajo, de Zambrana, de Benefique, de Cucarro, La Concepción, las Vizcaínas...

Desde la desaparición de la vid la comarca vertebrada por el río Guadalmedina dejó de ser nutriente de la actividad comercial para convertirse en algo bien distinto: una amenaza hidráulica, incierta, periódica y catastrófica, por sus riadas repentinas. **Desde entonces la ciudad miró por su cuidado y procedió a repoblar sus lomas, pechos y barrancos impermeables, quedando los montes bellamente cobijados con el manto verde de pinos que se ciñó sobre ellos. Pero no miró por que aquel emporio vitícola del siglo XIX, con cien lagares y miles de personas, encontrase una salida productiva que mantuviera a la población en su lugar de origen.** Las familias ya no podían vivir más tiempo del esparto y del acarreo de leña para los fogones de pan de la ciudad. Las familias ya no podían comer un huevo excepcional por san José como si fuera un festín. Los niños ya no podían andar kilómetros de

“vereads” con sandalias de esparto para que el maestro les enseñara las cuatro reglas en algún punto de recogida. Como dice el gran Antonio Piteli, entre enigmático y acusador, las familias “comían porque no comían”, y los catetos bajaron a la ciudad, que los acomodó en Campanillas, Castañetas, Huertecilla Mañas, Ciudad Jardín, Puerto de la Torre, San Alberto y, sobre todo, en Mangas Verdes. Y bajaron con sus cantes, sus verdiales y maragatas, sus venturas y desventuras, o sea, **que trasladaron su arraigo con ellos y al hacerlo, se lo ofrecieron a una ciudad desarraigada que encontró aquí un eco de sus orígenes. Los “catetos” proporcionaron así a Málaga la identidad que ya creía no tener.**

Por aquellos días el alcalde de la ciudad, Francisco García Grana, con el impulso de algunas personas clave en la preservación del patrimonio inmaterial de nuestros cantes, como Pepe Luque Navajas al frente de la peña Juan Breva, publicó un disco de vinilo titulado “Café de Chinitas” que sacudió el mundo del flamenco, hasta ese momento totalmente escorado hacia Jerez y el triángulo del Cante, al descubrir la impresionante riqueza de los cantes de Málaga, las malagueñas- de la “Trini”, del “Perote”, de Chacón, de “El Canario”, la liviana y la serrana, la jabera, la bandolá y el zángano, los tangos de la Repompa, los cantes del “Piyayo” , de Juan Breva y, claro está, los **verdiales**, de los montes de Málaga, de Comares y Almogía, sabiamente intercalados con los demás cantes para comprobar cómo todo, a pesar de su diversidad, brotaba de un alma común, específica, rabiosa y descarnadamente malagueña.

Se vivieron aquellos días momentos grandes de la fiesta, del choque y la lucha, con el esplendor de las Ventas, la del Túnel, Gutiérrez, Galwey, Venta Alegre, Ventorrillo de Gutiérrez, La Alegría de los Montes, Venta Nueva, La Nada, Venta Álvaro, Las Ánimas, Venta Cotrina, Roalabota, Venta Victoria... Estaba ahí la Edad de Oro de la Fiesta con el florecimiento de una verdadera pléyade de fiesteros entre cantaores, violineros, guitarreros, platilleros y pandereros que habrían de constituir lo que podríamos llamar la aristocracia de los verdiales: Antonio Fernández, “Povea”, Enrique España, Joaquín Palomo, Pepillo Meína, Luis Gámez, Manuel Pérez, Raicero, Luiso, El Galleta, Cinco Rales, Juan Medina, los Cruzado, el Rubio de las Casillas, Tortolillo, Antonio Fernández Ruiz, el Cabrero...

Hace pocos días tuve el privilegio de visitar la comarca guiado por Antonio Piteli, Pepe Molina y Alfonso Queipo. Haciendo un alto junto a los restos de la Venta las Ánimas, donde la carretera de Casabermeja se bifurca

hacia la Ermita de los Verdiales y contemplando a Este y Oeste el paisaje parduzco moteado de blanco, Piteli nos iba indicando el lugar donde nació cada uno de estos grandes personajes de la Fiesta. Me vino entonces la idea de estar ante una **ciudad invisible** que fuera habitada por ciudadanos rurales. ¿O es que el hecho de vivir en un mundo rural de cortijos y lagares les privaba de la condición de ciudadanía? Estábamos ante una comunidad diseminada, sujeto de derechos y de unas leyes, las leyes del campo. Pensé que tal vez pudiéramos comprender algo más de Los Montes si no viéramos el campo y la ciudad como mundos contrapuestos, sino que pensáramos en el campo como una ciudad en otro registro. Las funciones urbanas de relación, que la ciudad desarrollaba en sus ágoras y en sus calles, aquí se hacía por medio de la Fiesta, *in itinere*, en la peregrinación de las pandas de lagar en lagar, de venta en venta anunciada por la sintonía musical de las caracolas. Las pandas acarreaban la Fiesta y, con ella, las vicisitudes de una comunidad; la Fiesta transportaba información, alegrías, noticias, sucesos, concitaba todos los ingredientes de la vida social que se cocía en sus **maragatas**: amoríos, requiebros, agudezas, rivalidades, nacimientos, muerte, vida...**La Fiesta era la plaza y la calle, el telégrafo y la radio, un compartir alegrías y tristezas, ambición y generosidad...la vida misma.** De haberlos conocido Ítalo Calvino, bien pudiera haber incorporado Los Montes de Málaga a su hermosa relación de **Ciudades Invisibles, y los verdiales serían el canto de esta ciudad.** Pero no sería ya el canto del **lugar**, porque está deshabitado; ni del **lugar**, porque de él ya sólo queda un museo. Los verdiales serían la luz de una estrella muy lejana que seguiría brillando aunque ya hubiera desaparecido. Los verdiales, bajo la alegría trepidante de su compás ternario, **serían el canto de la nostalgia por una ausencia, por un paraíso perdido:**

“No canto porque me escuchen/ni porque oigan mi voz/ canto porque no se junten/las penas con el dolor”

Dice una letra de verdiales agazapada entre las miles que cantan a la fiesta, a la tierra, amor y a todas las cosas del querer.

Y desde esa indisimulada nostalgia coincidíamos los cuatro en un mismo pensamiento: ¿qué sería de la Fiesta? ¿qué sería de estas tierras improductivas si, como alguien dijo, “ya no da ni Fiesta”? Si su tierra hermana, la Axarquía, es hoy un vergel de plantaciones sobre la roturación de los antiguos viñedos, ¿por qué aquí no se nos ha ocurrido otra cosa que la repoblación forestal, la utilización ecoturística del campo o la emulación

del Tour de France por la carretera de los Montes? Pero tengamos un buen final de este pregón al que ya nos vamos acercando.

La primera inquietud queda disipada por la existencia misma **de este Concurso de Benagalbón y la entrega de su población a la verdad de la Fiesta**. Si, como dice Manuel Alcantára, cualquier cosa que en Málaga consiga repetirse tres veces ya es Tradición, el llegar a veinticinco es ya entrar en la Historia. Que la Virgen de la Candelaria bendiga a Benagalbón. Pero sobre todo la continuidad de la Fiesta está garantizada por su arraigo en los jóvenes. Sentí una emoción intensa el pasado 13 de Agosto en la Feria de Málaga al ver a la panda de Santo Pítar por la calle Larios. Junto a veteranos fiesteros como Antonio Piteli y Juan Romero, y bajo la autoridad del alcalde Antonio el Cabra había allí una nueva generación de violineros, guitarreros, platilleros y pandereros que marchaban entusiastas detrás de la abanderada y unas delicadas bailaoras. Se tratada de una interpretación sinceramente arrebatada, cuya autenticidad despejaba cualquier atisbo de academicismo o escuela y revelaba su transmisión genética de padres a hijos, al calor del hogar. Allí estaban entre otros, los jóvenes José Luis Romero, los hermanos Fernández Cruzado- Fran, José y Mari Carmen- sobrinos del Rubio de las Casillas, Joselín, Sergio Cuesta “El Hombrecillo”, Dani Murillo- discípulo de Pepe Molina, que a su vez fue discípulo de Povea- Paula a la bandera, Adriana al baile, etc.

Y la segunda inquietud quedó disipada por casualidad leyendo el diario SUR del pasado 27 de Agosto. En su primera página se leía la noticia jubilosa de que **“el vino vuelve a brotar de los montes de Málaga”**. La señora **Victoria Ordóñez y su hijo Guillermo Martín**, que Dios bendiga, han hecho revivir antiguas plantaciones de viñedos en el entorno de Santo Pítar y están considerando plantar otras nuevas dado el éxito de la producción. Sus vinos son los de Málaga de toda la vida, con nombres tan hermosos como “Voladeros” o “La ola del melillero”. El terreno es el escarpado y descarnado de siempre, con las mismas dificultades de siempre, que ellos abordan mediante la aplicación de la ciencia agrícola siguiendo los métodos tradicionales, a mano y sin mecanización. La actividad de esta empresa familiar se suma a la producción que, discretamente y a pequeña escala, viene haciendo **la Antigua Casa del Guardia hace 60 años para poder ofrecer el Pedro Ximénez** en su local de la Alameda.

Son los nuevos y maravillosos catetos, amantes de su tierra desde el vínculo afectivo de quien ve allí una fuente de riqueza y orgullo, lejos del

irredentismo de quien se sentía prisionero de ella. Demuestran así que los Montes es una tierra que puede ser de acogida, y no de expulsión, que el lagar puede volver a reír y que ese grito de alegría que llevan los “tontos” en la cabeza el 28 de diciembre, esa explosión de vida, de júbilo y munificencia saturnales de sus sombreros que siempre han remitido a un lejano pasado pueden anunciarnos ahora un futuro esperanzador.

Es con ese espíritu como instamos a los alcaldes fiesteros a convocar a esa antigua reunión de lagareños para confeccionar las pandas, escogiendo a los mejores pues el choque se prevé duro y nos tiene que pillar “bien arreglaos”, que es una forma de llevar el compás, así en la fiesta como en la vida:

Arreglo, viva el arreglo/y el arreglo vivirá/aquel que no tenga arreglo/desarreglado andará

De él dependerá que así sea. Afine bien el mi-la-re el violinero, pues de ese ajuste se arreglarán todos; module bien las notas de la escala frigia marcando “**los puntos matemáticos de la fiesta**”, como sentenciaba Enrique España, grave y circunspecto, definiendo así la sagrada ley del **compás**. Sabe bien el violinero que en el fondo es él quien manda, desde la férrea delicadeza de su son. Hagan lo propio los guitarreros con las seis cuerdas, que habrán de rasguear hasta que el escozor de la sangre pida un poco de anís para aplacarlo. Cejilla al quinto traste como conviene al cante, un poco más esforzado y subido de tono para incitar al desgarrar. Vayan arreglándose los platilleros con el choque de sus crótalos, para que brille el compás con destellos de fragua. Y encere el ronco pandero su tersura para que el dedo no resbale, pues son sus golpes y rasgueos la biznaga en la que estalla el compás desde su raíz violinera. Sueñen ya los abanderados y abanderadas las revolveras y desplantes que van a hacerle al invisible toro ibérico. Que la tierra brote del suelo a las manos, los pies y las gargantas, y bajo la encomienda de la diosa Cibeles, Dionisos y la Virgen de los Dolores

¡Que empiece la Fiesta!

Salvador Moreno Peralta

